

y verbosos a los mudos,
y pone a los pies más blancos
cuanto más están desnudos.
Y es la saludable y rica
si a nuestro rostro salpica
y le brinda su inocencia;
y al caerse alguna hoja
deshace la transparencia
que había en sus ondas zarcas
y hace pensar en las charcas,
las que mi recuerdo esconde
con un cariño muy tierno,
aquellas charcas en donde
chapaleaba en el invierno...

Si entre la penumbra suave
de algún jardín escuchamos
una voz y no dormimos,
pues nuestra inquietud no sabe
si son lágrimas o mimos
o deshojación de ramos
que no queremos concluya
y nos parece que oímos
decir: «¡Soy tuyo!» «¡Soy tuya!»
el agua es la que nos arrulla
con regocijo estupendo,
pero en el oído, suave:
el agua que está cayendo,
pues quedó abierta la llave...

Así en esta madrugada
en el agua alborotada
me siento primaveral,
todo bienestar me eleva
y me pone el alma nueva,
mi voz tiene otro metal,
y no habiendo un desengaño
que a mi corazón inquiete,
en este día triunfal
siento que después del baño
la Vida es un ramillete
en un jarrón de cristal...

CANCION DE CUNA

(A PEPITO MORALES NIETO).

Dice el hada blanca: «¡Ya va a amanecer!»
«Duérmete niño, que tengo que hacer!»
El hada azul dice, meciendo la cuna:
«Repica su clara campana la luna...»
Y el hada más negra que se puede ver:
«Allá está la luna comiendo aceituna.
Duérmete, que mucho tenemos que hacer!»

La luna, creyendo que ya amanecía
llegó muy apenas rozando el cristal:
«A decirte manda la Virgen María
que la vida tiene su poco de sal».

«Despierta mañana, pero poco a poco;
con todos la Vida tiene algo que hacer...
«Duérmete niño, que ya viene el coco!
¡Duérmete, que un día ya vas a saber!»

CASONA DE MI INFANCIA

(Para BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO).

En esta noche pienso en los días pasados
allá en mi casa, mientras la lluvia en los
[tejados

diluía el aroma de los montes mojados.
(En el solar temblaban los jazmines
[sembrados...])

Mi madre preparando la cena en la cocina,
al calor de la lumbre dorada y montesina,
de este modo empezaba la historia peregrina:
«Una noche como esta se murió la vecina...»

Y luego nos contaba un cuento de «Las Mil
y Una Noches:» el pájaro que hablaba, el
[toronjil,
la princesa del peine de oro y de marfil...
(Estaba titilando la luz en un candelil...)

Y después del ingenuo momento de rezar
para alegrar las horas nos cantaba un cantar
la señora. ¡Era un canto del ayer familiar!
(El plenilunio estaba cundido de azahar...)

¡Oh las veladas llenas de aquel sencillo
[canto!
¡Las rodillas maternas que prefería tanto
y que lo conducían a otras tierras de encanto
eran para aquel niño las rodillas de un santo!

Mientras me adormecía, cruzaban azorados
los gatos, cual fantasmas de ojos alucinados,
y hacían las piruetas de los enamorados
mientras la luna llena dormía en los tejados.

¡Oh casa que en invierno eres más
[suspirada!
¡Casa que en la penumbra te veo iluminada!
¡Cuando nos levantábamos a ver de
[madrugada
los retoños floridos en la tierra mojada!

¡Casona de mi infancia, no te puedo
[olvidar!
Es de noche. Ya cae tu sombra tutelar.
¡Al apagarse el último fulgor crepuscular
mis recuerdos cual niños se ponen a llorar!

EL ALCARAVÁN DEL PATIO

(Para AZARÍAS H. PALLAIS).

Cuando sibilinos
cuentan los abuelos
cuentos de caminos
y para otros cielos
las nubes se van,
el patio se asombra
y se pone serio
si cruza la sombra
llena de misterio
del alcaraván.

Si en el vecindario
se acercan las sillas
—pues es necesario
que hablen a hurtadillas
por el qué dirán—
pone temblorosas
hasta las estrellas
con sus rumorosas
onomatopeyas
el alcaraván.

Cuando algún viajero
de hora legendaria
implora un alero,
una luminaria
o un poco de pan,
y la sombra es mucha
en la noche fría
de pronto se escucha
la vocinglería
del alcaraván.

Si acaso atenúa
con sus finos chales
alguna garúa
los cañaverales
que cubren el plan,
y moja la brisa
el patio, y lo orea,
cuál se inmoviliza
como ante una idea
el alcaraván.

Por sus esbelteces,
aunque sienta frío,
me parece a veces
el dios del hastío
con ojos que están
áureos de belleza
que pasma y contrista...
¡Qué altivez la de esa
tristeza de artista
del alcaraván!

Cuando ante una tea
hay sombras extrañas
y relampaguea
sobre las montañas
que en fuga se van,
y el viento de afuera
mueve las cortinas,
como en primavera
duerme entre neblinas
el alcaraván.

«¡Dios fuerte!» «¡Dios santo!»
y se hacen de cruces
mirando el espanto;
se apagan las luces
y todos están
temblorosamente...
La gente azorada
oye de repente
la voz prolongada
del alcaraván.

Otras ocasiones
—lo más peregrinas—
llegan los ladrones
a buscar gallinas
con siniestro afán,
y en la sombra parda
los espanta a gritos
y los acobarda
con sus gorgoritos
el alcaraván.

Yo lo reverencio
en estas hermosas
noches; su silencio
es el de las cosas
que quietas están...
Muerte: si agonizo